

Tomás se vuelve insoportable y contagiosa y amigable; es una risa que se pega y pinta un mundo oscuro que al final es colorado: Tomás es ademas pintor. Pinta hablando. No deja de hablar. Es como Woody Allen. Sus personajes rien y hablan incasante y exactamente como su creador; sus personajes con sus dialogos son unamunianos, gestualizan como Woody

pregunta sobre que diria Uhamuno al respecto y me imaginaba a Woody Allen agitando los brazos con frenesi, arrojando al mundo palabras vertiginosas, como en tormenta, como un Vallejo hablando de su abuela y de Santa Anita, un Bolaño contando historias del D.F. y de Barcelona, un Hicks insultando a su audiencia a punta de alaridos; y Tomás, sin detener el rio

que manaba de sus labios, me alcanzó, camino conmigo y apuraba el paso cuando yo lo hacia tratando de escapar, como si no fuéramos iguales, como si yo no le estuviera hablando a él, como si no pudiera ser él el espectro al que yo hubiera recurrido después de tantas noches sin dormir y sin ver gente; luego llegamos a una esquina y Tomás me tomó por los hombros, me

de fracaso, de maniaco depresivo que procura mantenerse feliz; y yo pensaba en Allen y en Maron y al final en la locura de Erasmo, que estaba loco pero la filosofia y el Renacimiento son buenas máscaras, buenas coartadas para un lunático que pone a hablar a la locura ante un público que no existe en un teatro ficticio, para que explique sus razones, para que se

muestre en toda su gracia; y yo pensaba que la locura es la comedia y que Woody Allen está loco pues sólo un loco se pone a hablarle a la cámara, sólo un loco le cuenta sus líos amorosos, sus dolores de cabeza, los fragmentos de gozo que convirtiéndose en recuerdo le desgarran el alma; sólo un loco pasa por narrativo un soliloquio y lo repite y lo repite y lo repite llegando

DOSIS MINIMA
LOCAL

que al parecer poco y nada tienen que ver con él. Es que Tomás es comediante. Le gusta hablar, le gusta reír, se rie todo el tiempo, reír es insportablemente pero insportable por la frecuencia de su risa, por la rabia que simbolizan sus carcajadas; la comedia, al fin y al cabo, no es mas que rabia, es cinica, la comedia es siempre burla; no hay que ir mas alla para ver por que la risa de

Mateo Daza
(1993)

Conocí a Tomás una noche, yo en mi cuento, vagando por la calle; tenía frío y miraba a la gente como siempre, viéndolos apenas, cabeza gacha que se levanta por un segundo para

confirmar que quien se acerca no es hostil; cabeza gacha que se levanta como la de cualquier animal para asegurarse de que no hay cazadores cerca y a la vez para cazar; y de pronto siento que me siguen: una sombra larguirucha que me mira a través de la ventana de un café medio vacío, sosteniendo una taza a medio camino entre la mesa y la boca, todo a medias, se



vida y trajera a colación su infancia en la casa bajo la montaña rusa y los motivos de su nerviosismo constante; pero Tomás no mencionó nada de eso, sólo me miró a los ojos, me soltó y siguió caminando a mi lado.

levanta de pronto, como alucinada, mientras yo sigo andando, moviéndome también a-la-si-nada o como si nada, y cuadas más adelante oigo los pasos y de vez en cuando una voz que me llama con una palabra genérica y que de a pocos se va soltando, empieza a hablarme, a decirme toda clase de cosas que no vienen al caso, que nada tienen que ver conmigo y

hizo mirarlo y me dijo conversemos, y yo vi a Woody Allen hablando a la cámara y contando un chiste, el chiste de las ancianas en el restaurante, el chiste de la criatura en la noche, una criatura que bien puede no ser más que una alucinación, una visión que llega después de tanta soledad, un espejismo por exceso de café y de insomnio y de aislamiento; y al final regresaba yo siempre a la



a hacer aparecer a Hemingway, que esculpía diálogos escupiendo letras, y yo me preguntaba qué opinaría Unamuno de todo aquello, del trabajo escultórico; y Tomás hablaba, podía verse, con convencimiento, pensaba en voz alta en cosas que ya había pensado, pero que en efecto repetía para mí mientras hablaba consigo mismo; me tomaba como Unamuno al perro,-

mera excusa, que hablar solo es cosa de locos; si se va a hablar hay que hablarle a alguien, así ese alguien sea un ente en movimiento, un fantasma en la noche, una criatura que bien puede no ser más que una alucinación, una visión que llega después de tanta soledad, un espejismo por exceso de café y de insomnio y de aislamiento; y al final regresaba yo siempre a la



estaban apagados y yo seguía en lo mío, o lo intentaba, y lo escuchaba hablar y él hablaba de todo, hablaba de la comedia y de escribir y del amor; hablaba del café y de las tardes que perdía en el café medio vacío leyendo y escribiendo inutilidades, frases ausentes, carentes de validez literaria o al menos narrativa, una poesía a medias, como siempre, unos punch-lines

Allen, como los comediantes norteamericanos judíos, un Maron, un Seinfeld, un sujeto neurótico-paranoico-iracundo que no concibe la realidad del mundo y que por eso señala su ridiculez; y así iba hablandome Tomás a ciegas por la calle aquella noche, y digo a ciegas porque la noche se hacía oscura, las cuadas ligebres, los postes se espaciaban o parpadaban o